

El eco de un ángel

Todas las mañanas un ángel gritaba desde su ventana:

- La infinitud de la inmortalidad también es posible en el hombre.

Vivía en una casa blanca con una puerta gigante que permitía que sus alas se movieran con libertad al entrar. No era necesario tocar la puerta, porque su presencia hacía que esta se abriera sola.

Los hombres que estaban conectados con la vida lograban dimensionar el mensaje de aquel ángel que todas las mañanas al levantarse gritaba desde su ventana:

- La infinitud de la inmortalidad también es posible en el hombre.

No era el sonido de un gallo lo que levantaba a los habitantes del pueblo, sino el grito y el eco permanente de su voz.

A aquellos seres humanos que conscientemente fabricaban a diario instantes de oro se les permitía coleccionar en el parque del pueblo grandes monumentos

a la vida, inspirados en la cotidianidad humana. Estos eran admirados por aquellas personas que aún no comprendían el mensaje del ángel.

Desconocían el significado. No escuchaban más allá del eco que retumbaba en sus oídos al despertarse. Lo veían como un profeta sin sentido. Lo único que admiraban de él eran sus gigantescas alas que se abrían cada vez que transmitía el mensaje desde su ventana o cuando saludaba a las personas por las calles del pueblo.

Siempre resplandeciente, impecable, con su taje blanco. Disfrutaba sentarse en el parque y admirar cada instante transformado todo en monumentos de vida que los hombres consideraban valiosos.

Cada monumento revelaba grandes significados. Se encontraban detallados de acuerdo al color de la pintura que escogían las personas en la gran fábrica del color: La pintoresca vida -ese era su nombre.

El amarillo representaba instantes de felicidad.

El azul, instantes de amistad.

El purpura, instantes de amor.

El blanco, instantes de paz.

El ángel cada vez estaba más feliz al ver que el color que más predominaba en los monumentos era el blanco. Las obras empezaron a ser admiradas, reconocidas y contagiadas por aquellos escépticos que en el pasado veían al ángel como un profeta más y a los monumentos como un objeto más. Interiorizaron y comprendieron el verdadero significado implícito de la frase que les repetía el ángel a diario.

Son sus obras, son sus propias creaciones, son las actitudes frente a las situaciones vividas, son los vínculos que construyen en la tierra los que principalmente suman al sentido colectivo de lo terrenal e immortalizan al hombre, a lo humano.